

# Encuentros de una niña yaqui



Ediciones en formato impreso:  
Primera edición, Sedatu / INEHRM, 2021.

Ediciones en formato electrónico:  
Primera edición, Sedatu / INEHRM, 2021.

D. R. © Daniel Librado Luna, texto original.  
D. R. © Juan Esmerio, adaptación.  
D. R. © Maricarmen Zapatero, ilustraciones.

Basado en el libro: Historia de los yaquis. El viaje de Mechabili,  
de Daniel Librado Luna y adaptación de Luis Aguilar.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM),  
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,  
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.  
[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

D. R. © Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (Sedatu),  
Av. Nuevo León núm. 210, Colonia Hipódromo,  
C. P. 06100 Alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México.  
[www.gob.mx/sedatu](http://www.gob.mx/sedatu)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del  
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,  
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos  
la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la  
previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de  
las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-259-9

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO.

## SECRETARÍA DE DESARROLLO AGRARIO, TERRITORIAL Y URBANO

**Román Meyer Falcón**  
Secretario

**SECRETARÍA DE CULTURA**  
**Alejandra Frausto Guerrero**  
Secretaria de Cultura

## INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Felipe Arturo Ávila Espinosa**  
Director General



# DESARROLLO TERRITORIAL

SECRETARÍA DE DESARROLLO AGRARIO, TERRITORIAL Y URBANO

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA





# Encuentros de una niña yaqui<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Escrito a partir del texto Historia de los yaquis. El viaje de Mechabili, de Daniel Librado Luna

# Hola.

Soy Mechabili. ¿Me conocen?

Quizá mi nombre no les suene.

Soy sincera, yo tampoco lo conocía. Lo aprendí hoy, acompañada de mi abuelo. Entramos juntos al Museo del Yaqui. La visita fue un regalo de cumpleaños.

Estoy en el auditorio. Mi abuelo fue al baño, me dijo que lo esperara quieta, pero preferí curiosear hasta llegar aquí.

Hasta esta mañana, cuando mi abuelo compró los boletos en la taquilla, mi nombre había sido Luna. Después del recorrido me enteré que Cócorit en lengua yaqui es “chile, pimienta o picante”.

Fue una visita larga. El museo guarda maravillas. La guía que me tocó ama a los habitantes del México antiguo. No paraba de hablar. Contaba su historia como si se tratara de dar el nombre de un primo. Su especialidad era el mundo yaqui.

—¿Quieres saber el nombre de una nación indígena que ha defendido su territorio y sus derechos? —me preguntó cuando nos quedamos a solas.

La miré como si me fuera a decir un secreto.

—Se llaman yaquis. En sus orígenes habitaron en el río del mismo nombre, río arriba y río abajo, siempre en busca de la vida y la libertad. Y defendieron lo suyo desde el primer momento que fueron agredidos.

La guía, una muchacha alta de pelo largo, me miraba a los ojos.



Había dulzura en sus palabras, y dureza.

—¿Me permites? —dijo, y me pareció verla entrar en una puerta exclusiva para el personal. Regresó en un instante con unos cuernos de venado. Tal parecía que estuviera lista para mi visita.

—¿Vas a bailar? —le pregunté.

—No por ahora —dijo.

—Veo que te los pones.

—Me dan seguridad.

—Te ves muy bien.

—Gracias.

A un lado de su cara colgaban dos correas. Era una mujer hermosa. Su rostro fino tenía la belleza de los animales del monte.

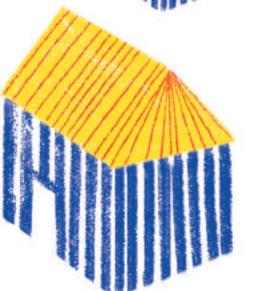
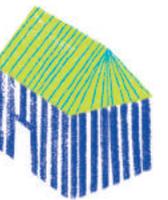
—Te voy a contar algo sobre los yaquis. Soy doctora en antropología. Llevo muchos años estudiando su historia.

—¿Cómo te llamas?

—Sabrás mi nombre al terminar este cuento.

—Los tatarabuelos de mi abuelo fueron yaquis.

—Sí, Mechabili. Tú perteneces a la sexta generación de la familia. Tu jaboí eligió este día para contarte sobre sus antepasados. Justo en tu cumpleaños. Si tú gustas, yo lo puedo ayudar. He visto la historia de los yaquis como quien ve la mar al atardecer desde un acantilado en Puerto Lobos.



—¿Mechabili, jaboí? ¿Contar una historia? ¿Tú sabes mi edad?  
—Mechabili es tu nombre en la lengua yaqui. Y jaboí es abuelo. Por eso él te trajo a este museo en Cócorit, para compartir un poco de la historia de esta nación.

La muchacha señaló hacia las salas del museo y se inclinó sobre mí.

—Cuando anotaste tu nombre en el cuaderno que está al entrar, escribiste que hoy cumples años. Ayúdame.

Até las correas bajo su barbilla. Al tocar la cornamenta sentí algo extraño y, a la vez, una energía que me resultó familiar y que conectó con algo que está muy dentro de mí.

—Vamos al auditorio. Estaremos mejor ahí.

—Mi abuelo no tarda.

—Tranquila. Él vendrá más tarde con nosotros. Y estará contento de que te hable de ciertos episodios de esta historia.

El auditorio parecía estar cerrado, pero la muchacha lo abrió con solo tocarlo.

—Enciende las luces —me pidió, y se acomodó en los escalones. Yo tomé los brazos como almohada y me recosté en el piso.

“Debes saber que esta es una historia de pasión por un territorio —el río Yaqui y su flora y su fauna— y de amor por una lengua. Una historia donde estuvo en juego la dignidad de un pueblo.





“Los yaquis se enfrentaron al ejército. Una y otra vez a lo largo de varios siglos. ¿Sabes lo que es un siglo?”

—Sí, cien años. Nos lo enseñó la maestra de historia.

—Así es, Mechabili. Pues bien, fue como lo ves en las películas: los yaquis luchaban con arcos y flechas frente a los rifles y pistolas de los soldados. Los yaquis con su astucia de buenos cazadores, el ejército con su instrucción militar. Nuestros antepasados sabían que el plan era borrarlos del mapa, y guerrearon. Así fue siempre: una lucha de resistencia. Pero no evitaron la dispersión de sus familias, ni en algún momento ser vendidos como esclavos.

“Antes del arribo de los españoles, los yaquis fluían junto al río. Ellos le dieron su nombre al río y el río, a cambio, les dio el sustento. O quizá fue al revés: en un tiempo muy antiguo el río les otorgó su nombre.

“Para alimentarse cazaban, pescaban y recolectaban frutos silvestres. Los árboles y las aves hacían música cuando soplaba el viento. El verano parecía prolongarse para siempre en el valle. La tierra rejuvenecía al desbordarse el río.

“Los niños reían, retozaban en las aguas.

“Era un orden natural soñado.

“La Compañía de Jesús se encargó de atraer a los yaquis a la religión. Fue una encomienda del rey de España. Los yaquis hicieron suyo



el catolicismo, pero sin dejar sus antiguas creencias. Los yaquis miraban con curiosidad la bóveda celeste. El cielo, mundo inferior y tierra; y sol, luna y estrella de la tarde era su manera de entender la divinidad. Los Soldados de Cristo aceptaron que esa fuera su visión de la Santísima Trinidad.

—Yo ya hice mi primera comunión.

La muchacha sacudió la cabeza como para espantarse una mosca.

—Fue en esos tiempos cuando la población yaqui se asentó en ocho poblados.

“Escucha sus nombres, Mechabili. Qué hermosos suenan. Óyelos, dílos conmigo: Bácum, Tórim, Vícam, Pótam, Ráhun, Huirivis, Belem, Cócorit.

—Bácum, Tórim, Vícam, Pótam, Ráhun, Huirivis, Belem, Cócorit —repito.

—¿Verdad que hay música en ellos?

—Sí. Prosigue con tu historia.

—Esos nombres están grabados en nuestra piel.

El auditorio estaba bien iluminado, y la luz de una lámpara hacía brillar la cornamenta de palo fierro.

—Dame esas sonajas, Mechabili. Están detrás de ti.

Volteé, y tomé y le entregué las sonajas.

—No hay pueblo sin fiesta, Mechabili. Y a los yaquis nos gusta honrar a nuestros dioses y respetar las tradiciones. Semana Santa y cuaresma son fechas importantes. Ellos pueden parecer una nación seria, pero hay música, danza, rezos, y hacen su propia interpretación de la pasión de Cristo. Sus santos patronos, como san Juan, también son importantes.

La muchacha se levantó, aventó las zapatillas y se puso a bailar.

—¡La danza del venado! Yo nomás la había visto bailada por hombres.

—Los tenábaris suenan como semillas. El ritmo lo marca un conjunto de cinco músicos con arpa, tambor de agua, flauta, raspador y violín. Hay un cantador. Las sonajas las mando yo.

La muchacha canta y me mira con ternura:

*Ili seewa tachiriata seechukti yeu machikai benasi e yeu tomtek...*  
*Como una florecita de luz que de pronto aparece, naciste.<sup>2</sup>*



<sup>2</sup> Citados por Gabriel Zaid en “Cantos yaquis”, revista Letras Libres, edición electrónica, 21 de octubre de 2017. La traducción de estos últimos dos versos está en Zarina Estrada Fernández y otros, Diccionario yaqui-español y textos, Hermosillo, Universidad de Sonora/ Plaza y Valdez, 2004.

“Nuestros rituales duran días completos.

“Los tenábaris son capullos de mariposa cuatro espejos. Ese nombre, Baise’eboli, fue un nombre que pensaron darte tus abuelos.

—¿Conoces a mi abuelo?

Movió la cabeza, no sé si como afirmación o como parte de su danza.

La muchacha siguió bailando. Miraba hacia la puerta del auditorio como si temiera ser descubierta.

—Danzas muy bien. Ese ritmo es como si fuera suyo.

—Lo ha sido desde siempre. Estas fiestas las presencian los yoris (así son llamados los hombres blancos) de otras regiones de Sonora y de México, y otras tribus del planeta.

“Yoemes. Así se hacen llamar los yaquis a sí mismos y a sus vecinos, los mayos de Sonora y Sinaloa. Su lengua es el cahita. Y eligen a su propio gobernador y a otras autoridades que organizan y defienden sus territorios.

La muchacha paró. Lo hizo en forma suave. Dejó las sonajas en el piso.

—Hay agua en ese garrafón, Mechabili. Era más sabrosa el agua del río Yaqui de hace mil años, cuando fluía pura bajo las noches de luna, pero esta me quitará la sed.

—Luna. Ese es mi nombre.

—Lo sé, Mechabili.

Luego de recibir el agua, que no tomó, la muchacha se volvió a sentar.



—Antes de congeniar con los jesuitas, los yaquis se enfrentaron a los conquistadores españoles, que venían montados en caballos, armados con arcabuces y espadas. Los arcos y las flechas se enfrentaron a la pólvora, y a un animal que desconocían. Pero el enemigo mayor fue la enfermedad. Curábamos nuestras dolencias con hierbas del monte, pero no sabíamos cómo curar la viruela. Hubo una gran mortandad, y los yaquis se refugiaron en rancherías. Hasta nos creímos víctimas de una maldición por parte del Dios de los yoris.

“Los jesuitas recurrieron al teatro, la música religiosa y la lectura en voz alta para adoctrinar. Levantaban auditorios con palos y ramas. Antes de empezar la función, las mujeres regaban para refrescar. Los monjes sabían que los yaquis eran una nación numerosa y avanzada, y se propusieron bautizar a los niños y a sus padres. Dominarlos a ellos era poner un ejemplo entre las otras tribus de la Pimería Alta.

“Tú habrías sido una niña en la que los monjes se habrían fijado para convertirla en su aliada. Eres muy lista.

—¿Quiénes eran esos monjes?

—Hombres originarios de Europa que compartieron su sabiduría: les enseñaron a hablar el español, a cultivar trigo, naranja y algodón, y a criar ganado; y a las mujeres a hacer ropa. Mostraron gran interés por su lengua y su cultura, sobre las que escribieron libros. Luego del desastre de las epidemias los jesuitas tomaron el papel que desempeñaban

los jefes de las tribus.

“¿Sabes qué es un shamán?

—No, aunque me gusta la palabra.

—Eran los curanderos de las comunidades, los líderes religiosos.

—¿Te quito la corona?

—Me siento bien con ella.

—¿Te imaginas un shamán? Piensa en mí vestida con una piel de venado y con un bastón de palo fierro como símbolo de mando.

—¿Hecho con la madera de tu cornamenta?

—Sí.

—Hubo un gran progreso. Ahora los yaquis conocían la rueda y el arado, los animales de tiro y carga. Los jesuitas reunieron a las familias en pueblos de misión. Puedes ver dibujos y fotos de lo que fue una misión en las salas del museo. Y los mapas que ubican a la Pimería Alta. Las autoridades españolas y los religiosos vecinos que veían ese nivel de organización consideraban a los yaquis como una nación unida y trabajadora.

“Trazar caminos, construir canales de riego, marcar las áreas de cultivo —obra de los jesuitas— hizo crecer su economía.

“Los yaquis pronto estaban comerciando con los colonos españoles. Y también aprendieron los nuevos oficios. Serían grandes albañiles, herreros, carpinteros y vaqueros.



“El clima del desierto no los intimidaba.

—Qué listos. Siempre dispuestos a trabajar.

—Parecía que la misión había resuelto los conflictos de la conquista militar. Incluso los yaquis apoyaron a otras misiones. Pero no estaban contentos.

—¿Porque siempre defendían lo suyo?

—Sí. Y fueron con el virrey de la Nueva España a quejarse de ciertos monjes desconsiderados, a exigir un pago a cambio de trabajar en la misión, a tomar ellos el mando de sus tribus.

—¿Trabajaban por nada?

La muchacha movió la cornamenta de arriba abajo.

—Y desempeñaban un nuevo oficio que daba mucha riqueza: minero. Ellos solicitaron al virrey trabajar las minas y que las ganancias fueran para sí mismos.

“¿Te imaginas, Mechabilli, hacer un viaje a lomo de mula o a caballo, incluso a pie hasta la capital de la Nueva España? Los viajeros tardaban meses en llegar. Dormían a la intemperie, en ocasiones bajo la lluvia o entre la niebla del bosque. Conseguir una entrevista con el virrey tampoco era fácil.

“Y con el oro de las minas habrían sido orfebres. Habrían hecho belleza.

“A los jesuitas les molestó el atrevimiento de Muni y Bernabé,

los gobernantes yaquis que se entrevistaron con el virrey.

Al decir esos nombres, la muchacha inclinó el cuerpo hasta que la cornamenta rozó el suelo.

—Al año siguiente, 1740, hubo una gran inundación. Perdimos todo.

“Tal vez te parezcan muchos años, pero apenas representan una parte de siglos de lucha.

“Los jesuitas mandaron la mayor parte de la producción agrícola a California. Eso provocó escasez de alimentos. La reacción yaqui fue saquear los almacenes. No íbamos a morir de hambre. También se quemaron las casas de los españoles, los comercios y hasta las capillas particulares.

“Puedo ver en la memoria viva las llamas de esos incendios.

La muchacha vio la luz de las lámparas, como si fuera parte del desastre.

—¿Cómo terminó su relación con los jesuitas?

—En 1767 el rey de España los expulsó. Pero los yaquis no quedaron desprotegidos. Sabían administrar sus recursos y estaban unidos. La palabra rebelión era parte de su propio credo.

—¿Qué fue de ellos sin los jesuitas?

—Las autoridades del México independiente repartieron el valle del Yaqui. El capitán Juan Banderas encabezó lo que fue la primera rebelión.





“1833. Anota esa fecha, Mechabili. Ese año fueron derrotados.

“Pero la victoria fue una idea expresada por el capitán Juan Banderas: los pueblos indios del noroeste de México debían unirse y expulsar a los hombres blancos.

La muchacha se levantó y caminó descalza hacia la cabina del auditorio.

—Veamos una película —dijo.

Yo me senté en una butaca. Las luces se apagaron y de la pantalla surgió una película vieja, en blanco y negro, sin sonido. Aparecieron escenas de batalla; hombres a pie y a caballo disparando rifles. Se veía el humo de los cañones. La sangre manchaba la ropa.

Sin que yo la sintiera, la muchacha reapareció a mi lado.

—¿Reconoces las escenas?

—¿Es la Revolución?

—Sí, Mechabili. Nosotros participamos ahí.

La miré.

—Tus antepasados se unieron al bando de Francisco I. Madero a cambio de la promesa de recuperar sus tierras. Los que empuñaron las armas fueron llamados *torocoyoris* —traidores— por aliarse al ejército, otro de sus grandes enemigos. Tenían confianza en Madero. Se dice que Madero lloró cuando se enteró de los asesinatos y deportaciones, y prometió detener esos atropellos.

“También hubo yaquis pacíficos.

—A Madero lo menciona mi maestra. Mira, ahí está.

—Cuando fue presidente acordó hacer escuelas, realizar préstamos y dar paga a los revolucionarios.

—Mira, también aparecen Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

—¿Habías visto una película así?

—No.

—Con el derrocamiento de Madero la Revolución siguió. Como otros revolucionarios, los yaquis se dividieron en facciones. Lo mismo habían hecho durante otra guerra. Obregón reconoció sus grados militares cuando se incorporaron a su ejército. Aun así, los generales Obregón y Calles iniciaron otra campaña de exterminio. Hicieron lo mismo que el general Porfirio Díaz y, más atrás, el general Ignacio Pesqueira. Obregón ordenó disparar a los inconformes que exigían la salida de los yoris. Incluso fueron bombardeados.

“La lucha de los yaquis contra los apaches por defender a México la puedes ver en tu imaginación.

Volvió la luz. Ya estoy acostumbrada a que la muchacha desaparezca y aparezca a mi lado, sea a derecha o izquierda. Esta vez la oigo hablar en voz alta con un micrófono desde la cabina:

—El espíritu de Cajeme y Tetabiate, defensores de los yaquis contra los abusos de los yoris y del gobierno, es una esencia que flota

en el valle y baja hasta el mar de Cortés.

Oigo un llanto, pero la voz de la muchacha gana fuerza.

—¿Qué tienes, sagrado valle del Yaqui, que despiertas la codicia de los yoris poderosos y la locura de los gobiernos?

“¿Con qué clase de agua has alimentado a tus hijos a lo largo del tiempo para que te defiendan con uñas y dientes?

“El general Lázaro Cárdenas del Río dejó su huella benigna en el valle.

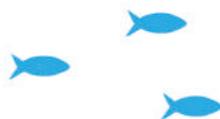
“Y Alfonso Fabila guardó el color del río en sus pupilas.

La muchacha está a mi lado de nuevo. No hay lágrimas en sus ojos. Desanuda la cornamenta y deja al descubierto una bella cabellera negra. Ahora creo recordar su cara.



—¿Qué me cuentas de la mar?  
—Fueron excelentes marineros.  
Grandes pescadores de perlas en la  
península de Baja California. Solo  
temían a las sombras de las  
mantarrayas al bucear...





Las puertas del auditorio se abren.

—Luna, ¿qué haces aquí? —dice mi abuelo.

—¿Cómo entraste? —dice una guía.

—Abuelo, ¿por qué te pierdes? Hay una doctora en antropología que sabe tanto como tú del pueblo yaqui. Te la quiero presentar.

—¿Cuál guía? Solo hay seis guías y todas estamos de guardia en las salas —dice la muchacha.

Entré en la cabina, salí del auditorio. Mi abuelo y la guía me siguieron. La doctora no estaba. Nomás vimos a otros visitantes que recorrían las salas.

Volvimos al auditorio. La guía encontró las sonajas. Me miró de forma extraña.

—Faltaron en el inventario de ayer. Las devolveré a la tienda —dijo, y agitó las sonajas. Yo volví como de una ensoñación con su música.

—¿Te habrás imaginado a la guía?

—No, abuelo. Estaba a mi lado. Me dijo que era una doctora en antropología. Solo iba a guardar unos cuernos de palo fierro que usa para bailar. Luego seguiría platicando conmigo.

—Te invito una limonada. Es necesario que te refresques. Fue un viaje duro. A veces el sol le juega a uno malas pasadas.

En la tienda mi abuelo me regaló un libro de historia de los yaquis y un diccionario. Descansamos un poco. Cuando estábamos relajados

me preguntó:

—¿Dices que la muchacha tenía una cornamenta de palo fierro?

—Sí. Bailó la danza del venado.

—Tu abuela bailaba la danza del venado en casa. Lo hizo desde niña. Verla hechizaba. Yo le regalé una cornamenta cuando nos casamos. Me la hizo un artesano de Bahía de Kino.

—¿Era ella, jaboí? —estreno mi primera palabra en la lengua de mis antepasados—. ¿Era Mala Meecha Yeye'eme: Luna Danzante? Hablaba claro. Dijo que tú debías adelantar la historia que ella había empezado.

—Fue una mujer rebelde. Una gran platicadora. Leía los libros de tu papá.

—¿La conocí? Yo era muy pequeña cuando ella...

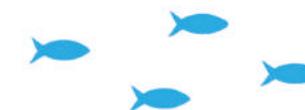
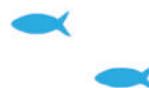
—Ahora la conoces.

Mi abuelo toma los libros.

—Vamos, Luna.

—Jaboí, ¿puedes llamarme Mechabili? Cuando tú estabas en la tienda volví al auditorio y me presenté con ese nombre.

—Así sea, Mechabili.





El viento viene, mece las flores.  
Así son las muchachas cuando danzan.

Dije otros versos que cantó la abuela muchacha,  
y cruzamos la puerta del museo.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Ibíd.

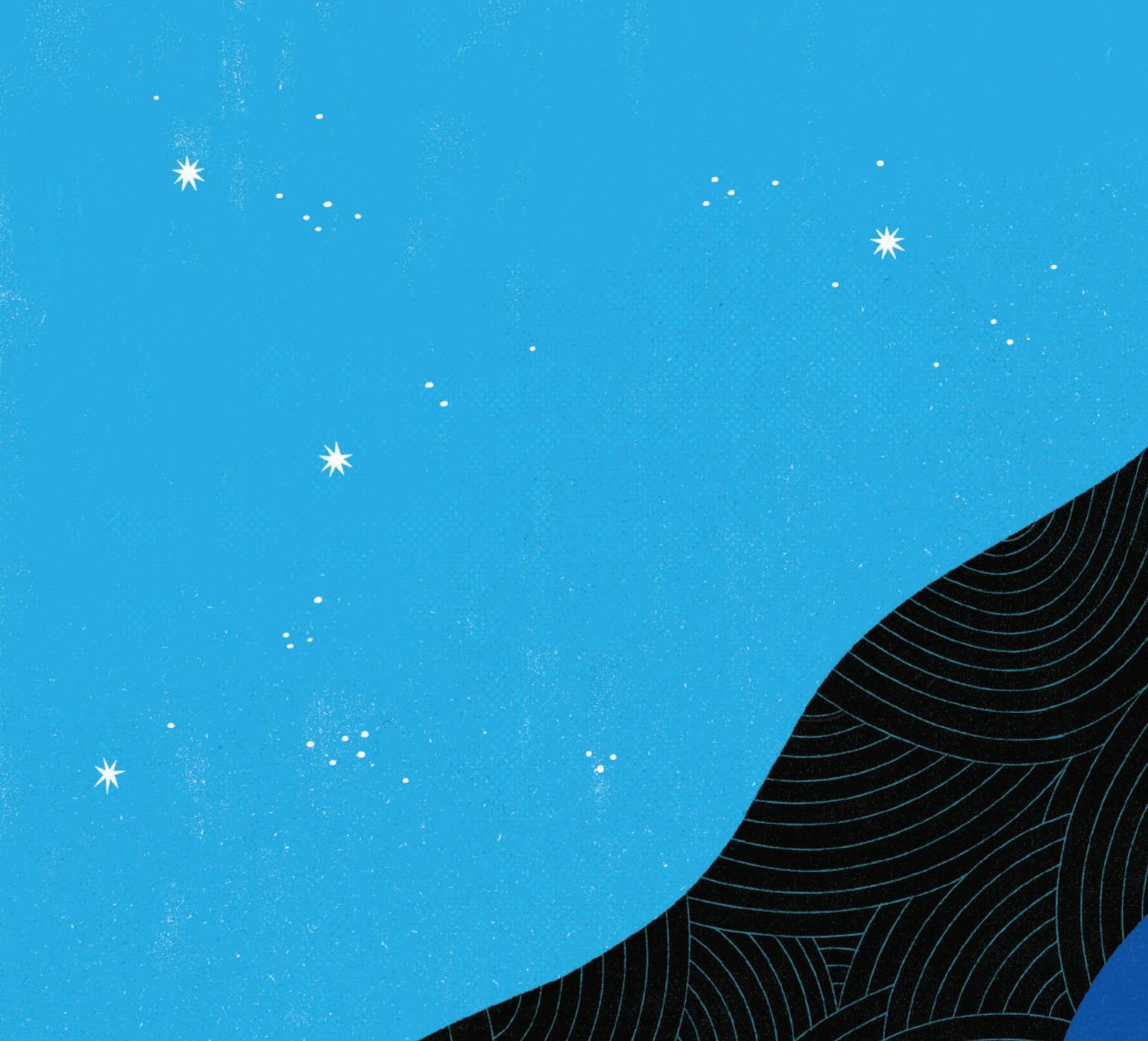


**ENCUENTROS DE UNA NIÑA YAQUI**

fue editado por la  
Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial  
y Urbano y el Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2021,  
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,  
en los talleres de Color Printing Forever, S. A. S. de C. V.,  
calle Jesús Urueta núm. 176 Bis, Barrio San Pedro,  
C.P. 08220, Alcaldía Iztacalco, Ciudad de México.

Su tiraje consta de 1 000 ejemplares.



**GOBIERNO DE  
MÉXICO**

**DESARROLLO TERRITORIAL**  
SECRETARÍA DE DESARROLLO AGRARIO, TERRITORIAL Y URBANO

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**INEHRM**  
Instituto Nacional de  
Evaluación Histórica de los  
Revolucionarios de México